

ECOLOGIA DE LAS NUEVAS ADICCIONES

VII JORNADAS ADAFAD

CORUÑA 30-V-2008

Antes que nada, quiero agradecer a la organización de estas Jornadas, su amabilidad al considerar que mi intervención en ellas, pudiera ser de algún interés. Confío en que así sea.

Veamos algunos datos epidemiológicos significativos que nos sirvan para contextualizar la conferencia. **3 a 7**

8 Ya Hipócrates en su obra *De las aires, las aguas y lo lugares*, alertaba la importancia de conocer los entornos a la hora de enfermar y de sanar.

Al igual que la cantidad y calidad de la alimentación es una variable fundamental para entender muchas de las patologías que de ella se derivan; **9** la papilla informativa, los elementos socioculturales del medio ambiente en que el ser humano nace y se desarrolla, condicionan de forma rotunda el sufrimiento y las patologías psíquicas, tanto en su origen como en su desarrollo y variabilidad. Podemos hablar sin reparos de una Ecología del enfermar.

Por Nuevas Adicciones o adicciones no químicas, entendemos, hoy día, la adicción al sexo, el trabajo, las compras, la televisión, los videojuegos, el teléfono erótico, los echadores de cartas, los adivinos, internet, los teléfonos móviles etc.,.... Como ven Algunas de estas adicciones lo único que tienen de nuevo son sus soportes técnicos.

El concepto de “nuevas adicciones” surgió del juego patológico, pero también el juego patológico puede entenderse de muchas maneras ya sea como un *Trastorno del Control de Impulsos*, en los que la clave está en la pérdida del control sobre la propia conducta. Como una *Conducta Adictiva*, vistos los paralelismos que existen con otras adicciones químicas. Como una *Conducta Compulsiva* observando las similitudes que guarda con el trastorno obsesivo-compulsivo. O como un Trastorno de Adaptación a una nueva ecología social.

¿De qué ecología hablamos?

El advenimiento de la llamada Posmodernidad ha supuesto una serie de cambios socioculturales determinantes a la hora de entender el origen y desarrollo de nuevas formas de patología, entre ellas las nuevas formas de adicción.

La psiquiatría se ve obligada a ampliar su foco de observación hacia niveles más sociológicos si pretende dar una explicación a los cambios que se producen en su clínica. No basta con comprender los mecanismos neurofisiológicos cerebrales que sustentan los síntomas, ni la comprensión psicodinámica que da cuenta de la complejidad mental del ser humano. La relación que establecemos con el entorno y las características del mismo deben ser analizadas a la hora de entender el modo de enfermar. Es necesario tener en cuenta el Contexto.

Las transformaciones sociales que ahora veremos, nos llevan a la constitución de un “Yo posmoderno” que Gergen considera el producto de las tecnologías y la saturación social: Mail, Móviles, Internet, Tv, aviación etc.. que nos conectan con miles de personas en miles de lugares; recibiendo información inmediata de todo el mundo al momento **10**. Inmersos en múltiples relaciones cambiantes todo se tambalea. Lo duradero se vuelve efímero; lo estable inestable. Las pautas de relación se vuelven plurales, múltiples y muchas veces virtuales al desarrollarse un nuevo entorno de relación a través de la red de internet

Tema este de las “nuevas” adicciones y nuevas tecnologías que ejemplifica una vertiente más de la nueva metáfora en la que ya estamos viviendo: la metáfora de la Red. **13**

Tras la metáfora dominante durante la era industrial, la de la “via”, aparece en la era informática, la red. “Redes” de comunicación, frente a vías de comunicación; investigación en red; red de concesionarios; red de servicios; red de cajeros; redes asistenciales; redes neuronales, redes de narcotráfico..... Frente a las antiguas vías en las que la cognición del espacio era lineal, con principio y fin; con salida y meta, con recorrido y distancia. La metáfora de la Red abre una concepción circular del mundo, interconectada en su totalidad, globalizada, ubicua. En la red uno no se mueve; en la red “se está”.

Pero la red también tiene otras connotaciones: las redes sirven para atrapar, para “retener”, y también este nuevo mundo en red tiene sus armadores y sus artes ilegales, son los nuevos señores feudales “Los señores del Aire” que dice Javier Echeverría quienes manejan y explotan este nuevo entorno. Un tercer entorno básicamente de relación ya que se trata de un entorno virtual. Así pues, vivimos en tres ecologías distintas: la de un primer entorno natural, un segundo urbano y un tercero virtual y reticular.

El paso de un entorno a otro supone un cambio de ecología que siempre causa problemas de adaptación, todo cambio conlleva, ya sabemos, dificultades, problemas y no pocas veces “síntomas”. El cambio en las formas de relación personal (en España hay el doble de móviles que de gente) y hasta con los objetos (cibersexo o e-bay) genera problemas como las nuevas adicciones de las que hablamos.

El sujeto posmoderno es flexible, adaptable y polimorfo, pero tiene también algunos inconvenientes, es Frágil, quebradizo, fragmentado y narcisista. Con la proliferación de formas relacionales nos convertimos en depositarios de múltiples personalidades ocultas, de voces interiores varias y nuestro YO se convierte en una pauta de relaciones.

Lo recuerda J.A.Marina: es un yo que tendrá siete vidas como un gato, pero probablemente una vida de gato.

La saturación de medios en una sociedad de mercado se traduce socialmente en superabundancia vacía, -como señala Lipovetsky- superabundancia de información, de servicios, de bienes de consumo. Curiosamente esta disponibilidad infinita conduce a un estado característico de nuestra cultura posmoderna: el aburrimiento y la desilusión **11**; pero no me refiero al aburrimiento romántico y melancólico sino a un aburrimiento integral al que se llega por el hecho de poder hacerlo todo; por el hecho de haber recorrido todo el espacio que ocupa el deseo y su satisfacción en poco tiempo; podríamos decir que la de hoy es una acción sin objeto concreto y por ello proclive a la repetición, porque los objetos básicos están cubiertos y los superfluos son tan fáciles como cambiantes. Y ya se nos advirtió de que el aburrimiento es el padre de todos los vicios. La repetición lleva al hábito y este a la adicción.

Aburrimiento por saturación cuyas peores expresiones conductuales las encontramos en dos fenómenos nuevos: la violencia desalmada de adolescentes que manifiestan llevarla a cabo “porque se aburren”, y el aumento de adultos saturados de estímulos sexuales que devienen consumidores de pornografía infantil a través de Internet. Nada que ver el perfil de este cibernauta que ya no sabe que consumir para estimularse, con la parafilia de siempre descrita en nuestros tratados. **Videos si caben**

Por otro lado, La proclividad de la posmodernidad a los cambios rápidos y a las crisis tiene consecuencias inquietantes: alienta un clima general de inseguridad que llena de ansiedad al individuo, al privarlo de sus referentes más o menos constantes y al poner a prueba su capacidad de adaptación. **12**

Vivimos en lo que Zygmund Bauman denomina una “sociedad líquida” señalando con ello la pérdida de referentes sólidos en los que apoyarse y con los que orientarse.

La pérdida de los puntos de referencia consistentes, el borramiento de los viejos ritos y hábitos duraderos crean una intranquilidad que es difícil de sobrellevar, de aquí que muchos consideren a esta tensión o “Stress”, junto con la depresión como la principal problemática de salud de nuestro tiempo. Cuando se patina sobre una capa de hielo muy fina, es necesario aumentar la velocidad... si te paras te puedes hundir.

La escapada de esta angustia a través de una novedad hace que mucha gente quede fascinada por la misma y pueda derivar en una obsesión que inicie el camino hacia una adicción. Se calcula en unos seis meses lo que dura la fascinación del internauta novel, pero si pasado este tiempo sigue conectado más de seis horas diarias, se convierte en una víctima.

Como les decía, hoy estamos obligados a adaptarnos de forma constante a las nuevas tecnologías, nuevas formas de ocio, de vida, familia, moneda, normas y hasta de estructura social, hecho insólito en la humanidad que para cambiar una estructura tardaba siglos

13 La revolución del 68 supuso el paso de una sociedad posfigurativa en la que los hijos aprendían los modos y maneras de vivir de los adultos, a otra configurativa en la que los hermanos

pequeños aprendían esos modos de sus hermanos mayores; y de esta estructura 14 se pasó con la caída del muro de Berlín a una estructura prefigurativa en la que son los adultos los que adoptan los modos y maneras de los jóvenes. Es el boom de los yuppies, los japs, los lifthings, lo lighth, la cirugía estética, 15 la dieta, el cuerpo y manera jóvenes en definitiva como valor social predominante. Cada una de estas estructuras posee sus adicciones predominantes. (Alcohol, drogas, comida, compras...)

Los que estamos aquí pertenecemos a Europa que representa el 7% de la población mundial. Somos un continente rico y viejo frente a un mundo que es mayoritariamente pobre y muy joven. Y que aún están dispuestos a morir por su dios o sus ideales Las dificultades para adaptarnos a este nuevo entorno ya han comenzado a partir del estruendo de las torres gemelas.

Si tuviéramos que definir los rasgos fundamentales de esta nueva ecología social destacaríamos: 16

17-18 (enumerar)

19 Un declive de los valores tradicionales que hasta hace poco sustentaban nuestra civilización: el esfuerzo, el valor del trabajo, la autoridad, respeto patriarcal y su sucesiva atomización en múltiples valores, a veces contradictorios entre sí. La posmodernidad arranca con el “dios a muerto de Nietzsche 20

Así como el hombre Moderno vivía según un discurso racional sobre el mundo y en términos de una Verdad única y absoluta que arranca desde el Renacimiento 21; una vez perdida su confianza en cualquier tipo de metanarración, de gran relato, vive en medio de una pluralidad de narraciones relativas o de verdades proclamadas sin certeza en los diversos contextos del saber. A partir de este momento, el hombre posmoderno tendrá que buscar su propia mística, su propia razón y su propia verdad.

Esto puede ser alentador en algunos aspectos como la libertad y evolución civilizada del hombre, pero en otros resulta más complejo. La posibilidad de una elección individual de valores ante la ausencia de Valores socialmente predefinidos, implica una elección narcisista, individual, que en ocasiones choca frontalmente con las del otro complejizando las relaciones sociales y determinando la proliferación de individuos “curiosos” como señala Millon,

“anormales” como definía Schneider y con Trastorno de Personalidad como diagnosticamos todos más que nunca como hemos visto anteriormente. Y cómo no, la aparición de nuevas adicciones, más narcisistas, más complejas y variadas.

El hombre posmoderno está obligado a la elección permanente sin otra referencia que uno mismo y dentro de la lógica predominante de la Novedad y el Cambio como valores en uso. Podría decirse que el gusto por lo nuevo ha desembocado en el gusto por lo efímero como señala Lipovetsky.

Una vida sometida a la angustia cotidiana del acierto en la elección y la frustración por la renuncia o la incapacidad de elegir.

No es de extrañar entonces que los cuadros de angustia/ansiedad se hayan multiplicado por cuatro en los últimos diez años, ni que todo tipo de adicciones vengan a sofocar este malestar.

22 2.- El cambio de las categorías de Tiempo y Espacio, mediados sobre todo por la tecnología informática y las nuevas comunicaciones hacen del tiempo algo inmediato y del espacio algo soslayable sin dificultad. Cambios que implican la anulación de la función psicológica de la espera, crucial a la hora de introducir un tiempo para comprender entre el instante del deseo y su conclusión. Lo que lleva a una disminución de la tolerancia a la frustración generalizada en nuestra sociedad, antesala de la violencia y las conductas en “acting-out” o corto-circuito, y rasgo nuclear en la mayoría de los trastornos de conducta, personalidad y nuevas adicciones.

La vivencia actual del tiempo y el espacio es pues más transversal que longitudinal: se vive más en el “aquí y ahora” que nunca. El tiempo psíquico deviene veloz y fugaz, la conducta y la comunicación instantánea y dispersa, no es extraño ver a gente en el cine, comentado con el del al lado y enviando mensajes al mismo tiempo. Estos rasgos de aceleración, fugacidad y dispersión de la atención son típicos de los cuadros hipomaniacos. La Sociedad posmoderna es maniaca y por tanto propensa al repunte de todos los trastornos de tipo afectivo que se han multiplicado por diez en todas sus variantes clínicas así como los llamados Trastornos de Hiperactividad y abuso de todo cuanto procure placer.

Otro tanto ocurre con los ritmos biológicos como el del sueño/vigilia o el ritmo hambre/saciedad.

Muchos ciudadanos y ciudadanas se ven "obligados" a engañar el hambre en aras de la prisa o la estética con frugales tentempiés o galletitas energéticas. A parte de las alteraciones biológicas que esto pueda suponer, aparece la alteración psicológica de los Trastornos de la alimentación, hoy día tan de "Moda", tan emergentes. Tocar este reloj, alterar el ritmo , puede llevar a la indiferencia diabólica frente al comer en forma de Anorexia o al asalto nocturno a la nevera de un ejército de bulímicos acosados por su propia trasgresión al ritmo. Y muchas de estas patologías como el trastorno por atracón, o el llamado "vomiting" se comportan como una autentica forma de adicción.

El rito de la comensalidad, cuando se vuelve borroso o se transgrede, se transforma en el "ritual del comensal".

El ritmo biológico del sueño/vigilia también ha sufrido sus alteraciones. El trabajo a turnos, la oferta multimedia las 24 h del día etc.. es hoy día algo normal en nuestra Sociedad. La juventud queda para salir a la 1 de la madrugada. Hoy se puede hacer de todo, a todas horas. Esto está bien pero a mucha gente le ha roto los ritmos y le ha roto los nervios. El insomnio es también una de las patologías en auge. La alteración del sueño se corrige con píldoras para dormir, y la resaca de las mismas con píldoras para espabilarse o litros de café, que acaban enganchándonos.

23 3.- El sentimiento moral de la vergüenza y el pudor, como signo de humanidad ha dejado lugar a una desinhibición (de nuevo otro rasgo hipomaníaco) que elude cualquier tipo de represión haciendo de lo otrora motivo de culpa, elemento de exhibición y espectáculo como podemos comprobar a diario en los realitys shows. Culpa y vergüenza por algo no son ya contenidos habituales de represión en el inconsciente y parece que son sustituidos por la Angustia por nada como síntoma posmoderno primordial.

La culpa, la disciplina, escribe Ehernberg, han desaparecido pero las dificultades de vivir se han incrementado. La depresión es el precio de esta transformación de la sociedad que ahora establece sus fundamentos sobre la iniciativa, la responsabilidad y las aptitudes, y que ha sustituido sus antiguos y escasos puntos de referencia por una multiplicidad referencial en la que hay que escoger. Esta evolución no ha sido tan negativa como pretenden algunos, sino positiva en no pocos aspectos. Pero las cosas no son tan sencillas y suelen tener su coste. Se olvida la advertencia de

Jung de que la religión sólo puede ser substituida por otra religión. Las penas y malestares de la vida que antes eran asuntos de sacerdotes se han secularizados y han pasado a ser asunto “psi” generándose un inmenso mercado del equilibrio interior montado sobre la cultura del malestar personal que promete un alivio de esa identidad sufriente y desfalleciente que no sabe cual es su rumbo existencial y busca religiones a la carta. No es casualidad que tantas organizaciones de ayuda al toxicómano tengan reminiscencias místicas.

Pero eso del temor de dios se ha diluido, dios ha muerto, hemos matado al padre y no queda nadie que nos asuste y nos ayude a respetar los límites el resultado lo pueden deducir ustedes.

24 4.- La jerarquía de los valores personales, sociales y familiares ha dado paso a una horizontalidad donde los límites devienen borrosos siendo cada vez más difícil ocupar cualquier lugar simbólico de Autoridad, sea familiar, laboral o social.

La sociedad tecnológica ha abierto, entre otras muchas cosas, la posibilidad del acceso permanente de los niños y adolescentes a los mismos circuitos de ocio e información que los adultos. Ya no existen lugares, imágenes o informaciones restringidas al adulto de forma exclusiva. Basta con darse un paseo por la Red o conectarse al Satélite. Todos podemos acceder a todo.

Ello ha derivado en una progresiva “adultización” del niño, que puede acceder a los mismos contenidos que el adulto. El universo de lo que hasta ahora entendíamos como la edad de la Inocencia, se desmorona. Podríamos hablar sin demasiada exageración, de una especie de “muerte de la infancia”. No es de extrañar que los niños y adolescentes estén protagonizando sucesos violentos y conductas adictivas, hasta hace poco insólitos a esas edades.

Paralelamente a esta adultización del niño, se está produciendo una progresiva “infantilización” del Adulto. Es decir, una difuminación de los límites entre ambos mundos.

La infancia y la adolescencia postmoderna se está entendiendo, está sufriendo, un retroceso al periodo comprendido entre los siglos XIII y XV en los que el niño era contemplado como “un adulto pequeñito”, capaz de razonar, juzgar o decidir como un adulto.

El discurso creado entorno al niño se ha inflado de tal modo, que se reivindica su “derecho al goce ilimitado”.

Cualquier acto de frustración del deseo del niño es vivido con culpa por unos Padres borrosos, (generalmente culpabilizados por no disponer de tiempo suficiente para estar con el niño), que cada vez se muestran más incapaces de administrar ése deseo.

Se difuminan así las referencias claras de lo que debe ser un Padre que asuma la función simbólica de autoridad , es decir, del personaje nutriente que cuida, protege y premia; pero que también castiga, frustra, administra y castra el deseo cuando es necesario. Esta falla primaria para el niño, necesaria para la construcción de una conciencia moral y capacidad de autocontrol es la que más tarde conducirá a un cuestionamiento generalizado de toda Autoridad (con mayúsculas),y de la Ley (también con mayúsculas). Conductas “retadoras”, violentas e impulsivas, que son ya hoy un latido emergente en nuestra clínica y la Sociedad, valga como ejemplo el reciente desafío de los macrobotellones **27**.

La autoridad pierde su referente en el adulto produciéndose la infantilización del mismo que se expresa por un borramiento de las diferencias entre ambos (en el vestir, en el comer, en el hablar, en los horarios, en el ocio, en el consumo..) Nos encontramos frente a unos adultos que son una especie de “jovencitos perpetuos” generalizados

La diferencia fundamental entre un niño y un adulto está, en que el Adulto lo es porque se hace responsable de su deseo, de sus actos y asume las consecuencias.

Cada vez hay menos gente adulta, porque cada vez más el sujeto de la posmodernidad actúa, pero no se responsabiliza de sus actos. Cada vez se vive más bajo la premisa del “Déjenme en paz y ocúpense de mis asuntos”.

Se puede así fumar y pedir responsabilidades por las consecuencias a la tabacalera; Envenenarse con todo tipo de drogas y “exigir” su cura y control a los poderes públicos. Curiosa

situación esta en que las conductas voluntarias reclaman un control externo a uno mismo.

A este adulto posmoderno se le disculpa todo. Se le disculpa porque, como a los niños, no se le considera responsable.

La disculpa generalmente viene por la vía de la conversión de la responsabilidad en una enfermedad.

La diferencia entre un síntoma y una conducta está en que los síntomas son, por definición, involuntarios. Las conductas no.

Se reformulan las conductas como síntomas y el sujeto queda exculpado: de ser un jugador, un mujeriego o un chulo; para pasar a ser un ludópata, un adicto al sexo, a la violencia de género aún antes de haber caído en la trampa de la adicción.

El siguiente, nuestra impotencia terapéutica frente a quien no reconoce responsabilidad alguna en su sufrir.

El niño posmoderno, adultizado, pierde el referente de lo que es un Padre (un adulto) por que éste también está borroso. ¿Quién sostiene entonces la autoridad para poner y señalar los límites? ¿Quién encarna el modelo adulto? ¿Quién asume la responsabilidad?

La palpitante polémica sobre la violencia en las aulas y las quejas desesperadas de la gente de la enseñanza es una consecuencia de lo dicho. Tampoco el aula es un referente de autoridad, los derechos ilimitados del alumno impiden la interposición de un límite sin que éste sea cuestionado apelando a sus derechos o a que “tienen problemas” (de nuevo un síntoma).

Los docentes se quejan, afligidos, de algo que ya pronosticara Lacan en torno a la segregación: los estados modernos lanzados a una política de borramiento de las diferencias, reciben en lo real la respuesta: son los propios sujetos los que se segregan en función de su deseo particular.

Así, tenidas por progresistas unas medidas no segregativas que llevan a eliminar los repetidores, a colocar en una misma aula a alumnos extremadamente diferentes, grupos de alumnos a los que el saber interesa poco, se convierten en los reyes de las aulas que, a través de la violencia, dictan la ley de su deseo particular. Es la reintroducción perversa de la necesaria diferencia que la estupidez homogeneizadora pretende borrar.

Al adulto posmoderno que concede todos los derechos y responsabilidades al joven de la post modernidad, le responde éste tomándose el único derecho que profundamente le importa: el de su satisfacción. Un goce que se va a manifestar en un auge de la violencia en los centros de enseñanza y un aumento de todo tipo de consumos y dependencias.

Allí donde hay violencia hay un déficit de palabras. Es verdad. La cultura posmoderna es una cultura de la imagen; allí dónde había palabras, ahora hay imágenes.

Se predica el “diálogo”, con la misma intensidad que desarrolla el niño microondas, la video niñera, las videoconsolas, y demás actividades infantiles mudas y solitarias; Carentes de adultos que actúen como “terroristas semióticos” que dice Umberto Eco que filtren, interpreten y maten la realidad que observan los niños. Que introduzcan un cierto “orden” en todo ese caos informativo.

Al desaparecer la conciencia del límite aparece el consumo desordenado, el placer desordenado y en definitiva el culto a las apariencias como forma posible de realidad. Y esta realidad puede ser una top-model exitosa, anoréxica y cocainómana, enrollada con un psicópata famoso que dispone de todo cuanto se puede desear. No es de extrañar que consuman su perfume, su ropa, sus gestos, sus hábitos....

28 5.- El Consumo.-

Es en esta época posmoderna, en la que asistimos al fenómeno del consumo generalizado. El hombre posmoderno consume, luego existe. El apetito por objetos, parece irrefrenable. Inclusive hacia aquellos que no son imprescindibles para la subsistencia y el confort, pero que se transforman en imprescindibles, atrayendo las energías de una gran masa de hombres y mujeres. La lógica implantada del consumo nos ha hecho dejar de desear lo que necesitamos, para pasar a necesitar lo que deseamos.

- Consumo de bienes materiales como símbolo de rango social. El sujeto pasa de ser la persona que compra a ser lo que compra; pasa del “yo soy el que compra” al “yo soy lo que compro”. (Adicción a las compras)

- Consumo de amor rápido alejado de sentimientos y auténtico erotismo. Consumo de amor aséptico y virtual a través de chats y ciberdilios. (Adicción al sexo)
- Consumo de información sin límites, sin posibilidad de ser transformada en conocimiento a través de la reflexión ya que los medios deben ser más rápidos que los contenidos.(Adicción a Internet)
- El consumo de drogas se ha vuelto un verdadero problema, ya que es el emergente más doloroso y brutal del estilo de vida posmoderno. Lo peor es la trivialización del consumo, que ha llevado a considerarlo algo “normal” en una amplia franja de edad.
- Consumo de todo tipo de místicas:

Secularizada la religión del progreso, vuelve a abrirse el espacio de lo genuinamente místico. Lo místico que ya no tiene por referencia a Dios, la Ciencia, La Patria o la Clase obrera. Lo místico hoy es el presente.

Ocurre que el viejo Relato único de la modernidad se ha quebrado en mil minúsculos relatos. Estoy de acuerdo con Salvador Pániker. Ocurre que cada cual ha de inventar su propia leyenda. Inventar su propia mística y esto, dotarse de una mística particular, se hace muy complicado cuando no existen valores absolutos de referencia

Se corre entonces el riesgo de la afiliación a la mística más preponderante, la mística del consumo, de objetos y de sustancias, del trabajo sin pausa y a veces sin razón...la mística de la agenda, la cartera llena y ...la vida vacía.

En lugar de “aclarar” al sujeto, de “señalarle” la necesidad de una vida íntima ,más importante que la privada y la pública, para poder cultivar ésa mística individual aclaratoria; la medicina opta, y el sujeto elige mayoritariamente, por el adormecimiento químico o la exaltación de una adicción. Por la enajenación en vez del ensimismamiento.

No es de extrañar, el cultivo de la vida íntima requiere como elementos imprescindibles: El silencio y la reflexión, algo de cultivo ecológico para una gran mayoría de nuestra sociedad.

Para el Yoga, sin silencio no hay aliento; sin aliento no hay vida. Para la Meditación tántrica, el silencio es la propia identidad, porque solo en el silencio se puede ser. Para Pascal, la receta para la salud mental del hombre estaba en su capacidad de permanecer media hora diaria sólo y en silencio. Ustedes me dirán si conocen a mucha que practique estas cosas.

6.- Devaluación del Pensamiento y primacía de la emoción.

El peso del saber y el pensamiento como un valor fundamental ligado a la tradición y la formación de la persona se ha devaluado en beneficio de un saber instrumental, y de la búsqueda de emociones cómo ideal predominante.

Marina afirma que el posmodernismo nos ha contagiado el síndrome de Inmunodeficiencia mental que aniquila nuestras defensas racionales haciéndonos vulnerables a cualquier idea o adicción por débil que esta sea.

En cuanto a las emociones, si la modernidad valoró y colocó en un lugar de privilegio a la razón como único criterio de verdad, la posmodernidad ha optado por absolutizar los sentimientos. El “pienso, luego existo” de Descartes ha sido sustituido por el “Siento, luego existo”.

El mundo posmoderno está lleno de “espiritualidades”, sustancias, y conductas a la orden de quienes quiera “sentirse bien”.

Esto ha derivado en la proliferación de adicciones y de todo tipo de esoterismos y orientalismos. De tal forma que Lo que en oriente son sabidurías en el occidente posmoderno se llaman terapias.

Las grandes concentraciones posmodernas, salvo contadas excepciones, no son motivadas por ideas o proyectos, sino por la búsqueda de sensaciones colectivas como es el caso del Botellón, el fútbol o los conciertos de rok. Sin olvidar la generalización del consumo de todo tipo de drogas.

No hay que pensar, solo hay que sentir; No hay que razonar sólo hay que experimentar. Estas son las consignas que se escuchan y que promueven una espiritualidad que se desconecta de la realidad, creando una legión de espectadores sensitivos en lugar de espectadores reflexivos. Distanciamiento que torna la vida como un objeto de ficción, como una especie de espectáculo.

Sólo en un escenario así, pueden proliferar un tipo de individuo permanentemente cuidadoso de su salud pero arriesgando su vida en todo tipo de deportes de riesgo y aventuras. Hiperinformado,

pero cada vez más permeable a todo tipo de esoterismos, adivinadores y gurus. Relajado respecto al saber y las ideologías y sin embargo perfeccionista en el bricolage. Alérgico al esfuerzo, las normas coercitivas y la autoridad, pero imponiéndoselas él mismo con crueles regímenes dietéticos y esfuerzos deportivos desproporcionados. Discreto y contenido frente a la muerte, pero consumiendo vorazmente todo tipo de terapias "psi" en las que poder gritar, llorar, insultar y maldecir en la intimidad.

26 8.- Cambios en la Estructura Familiar y la función de los hijos.

El cambio en las estructuras familiares obedece a múltiples factores como el acceso de la mujer al trabajo y el control de la natalidad, el aumento de la expectativa de vida, el alargamiento de todas las fases del ciclo vital de la familia o el número de divorcios que en nuestro país pasó de 15.000 en 1982 a 40.000 en 2001. Pero quizás sea el proceso de transición de una sociedad rural a una postindustrial, donde se produce una substitución de las familias por los individuos como unidades centrales en la vida social. Con ello culmina el proceso de individualización y se pasa de las estrategias colectivas a las individuales propias de la posmodernidad.

En nuestro país, el cambio de una estructura familiar clásica de tipo compleja, nuclear, en la que convivían dos o tres generaciones, ha sido evidente a favor del aumento exponencial de hogares unifamiliares, monoparentales y reconstituídos, equiparándose cada vez más al resto de Europa Occidental donde son mayoría hace décadas. En París, por ejemplo, alrededor del 70% de los hogares son de solitarios.

En este sentido, sociólogos como Coleman entienden que al cambio familiar que acompaña al proceso de modernización, se sucederán tres modelos consecutivos de familia:

1.- Pre-Moderno: demanda "cantidad" de hijos en función de considerarlos "fuente de rentas" o "bienes de producción", capaces de "devolver" lo invertido en ellos y de ocuparse de los padres en su ancianidad. El caso más extendido es el de la familia campesina.

2.- Moderno: tras la llegada de la revolución industrial y del consiguiente fenómeno migratorio a la ciudad, se generaliza (sobre todo en la burguesía urbana) este modelo, que ya no demanda cantidad, sino "calidad" de hijos, por que los considera "bienes de

inversión". Aquí ya no se trata de explotar a los hijos, sino de invertir en ellos a fin de asegurarles un mejor y más brillante futuro.

Mientras el modelo pre-moderno invierte sus recursos en la crianza de un elevado número de hijos, el modelo moderno lo hace en un número reducido. Mientras el modelo pre-moderno invierte en hijos como mano de obra sin cualificar, el modelo moderno lo hace con profesionales titulados y cualificados. La naturaleza de la demanda es también distinta, explotadora de riqueza en el modelo pre-moderno, y creadora de la misma en el otro. En el primero las rentas fluyen desde los hijos hacia los padres; en el otro las rentas van en sentido opuesto pues son los padres quienes financian a fondo perdido el curso vital de los hijos.

3.- Post-moderno: tras la consolidación de la sociedad de consumo y del Estado del Bienestar, aparecería, sobre todo en los nuevos profesionales urbanos éste nuevo modelo, que continuaría demandando calidad y no cantidad de hijos, pero ya considerados como meros "bienes de lujo o de consumo ostentoso".

Los padres "posmodernos" continúan gastando una creciente fracción de sus ingresos en los hijos ¿por qué lo hacen ahora, si ya no parecen abordarlo como inversión de futuro? Según Coleman, lo harían para poder exhibirlos ostentadamente como signo de distinción, señal de riqueza y requisito de status.

Por otro lado parece claro que la familia moderna dejó a un lado importantes funciones económicas y educativas para convertirse en algo parecido a *Una agencia dispensadora de servicios afectivos* como apunta Miguel Requena.

La pretendida funcionalidad del afecto como mecanismo de control conductual de la vida familiar, no deja de ser azarosa ya que, con la irrupción de la "familia sentimental" ,se estaba ya a un paso de experimentar las desagradables consecuencias de la "sobrecarga emocional. Tal sobrecarga no sólo es perceptible en las a menudo conflictivas relaciones paterno filiales, sino también en la extensión de la ruptura matrimonial. Señalar que el mayor número de divorcios se da en la quinta década de la vida, habitualmente coincidente con la adolescencia tardía de los hijos.

De la carencia afectiva de los hijos en las familias premodernas se ha pasado a la Hiperprotección de los mismos en las familias posmodernas.

Una y otra presentan sus patologías, la que nos ocupa hoy día determina unos sujetos frágiles e inseguros, que pueden llegar a

dudar de su capacidad para enfrentarse a un mundo cuyos peligros, amenazas y dificultades están pronta y puntualmente resueltos por los padres. Entiendo que algo de este orden está determinando el creciente número de adolescentes que cuelgan sus estudios por que “se agobian” hasta el punto de presentar cuadros de ansiedad sintomáticos.

¿Y que hay de viejo en lo nuevo?

“Precipitados en el tiempo a causa del saber, fuimos inmediatamente dotados de un destino, pero sólo fuera del Paraíso hay destino”. Cifran

Todos los grandes jugadores han sido y son grandes perdedores.

Desde Adán, que perdió apostando por la manzana, hasta el Alekse Ivanovic de Dostoyevski, todos apuestan desde una falta.

Esta es una de las claves de toda adicción.

El ser humano identifica necesidades que sirven para sentir, primero una tensión y luego, un alivio en su satisfacción. Necesidades que son otra cosa distinta al Deseo.

El deseo, en su estructura es insaciable. Lo es porque nos remite a una falta primaria, tan humana como irremediable.

La identificación de objetos o situaciones que nos ayudan a creer que al satisfacerlas, se colmará el auténtico Deseo, es una constante humana. Por eso el hombre es un ser repetitivo en el goce; porque una vez satisfecha la necesidad pero no el deseo, se vuelve una y otra vez a la necesidad. La sociedad de consumo estimula la convicción de que adquirir y poseer objetos, por ejemplo, otorga plenitud, saturando ilusoriamente lo imposible del deseo en el hombre.

La angustia de vivir es algo específicamente humano, cuando la angustia alcanza niveles elevados (y puede hacerlo debido a múltiples conflictos y/o patologías), surge la compulsión a tratar de controlarla identificando necesidades que saciar. Necesidades que, en su repetición, pueden llegar a transformarse en hábitos y, posteriormente en adicción.

Esta estructura del Deseo es tan vieja como el ser humano, los mecanismos para paliarlo también; la patología que puede generar tampoco es nueva; son las formas lo que cambian, a la par que la

sociedad. Conviene tenerlo presente para no caer en el error de elaborar tratamientos exclusivamente sintomáticos que jamás resolverán el problema de fondo.

Las formas de adicción efectivamente, son cambiantes. Los porqués y el cómo nos volvemos adictos no tanto.

Estas formas son hijas de su tiempo, florecen en un determinado "nicho ecológico". En el caso de las compras compulsivas se ve muy claramente. ¿Qué cabe esperar en una sociedad en que todos somos etiquetados como "Consumidores"? Una Sociedad en que son mucho más potentes las asociaciones de consumidores que, por ejemplo, como era antaño, la de obreros. Ya no hay masa obrera, hay consumidores. ¿A quién le puede extrañar que esta lógica del mercado en la que vivimos desarrolle patologías específicas del consumir?

Y lo mismo podríamos decir de Internet, del sexo, del móvil etc..... Nuevas patologías, viejos sufrimientos.

Este cuadro ecológico que acabo de pintar en la que estamos obligados a vivir es una generalización, y como todas las generalizaciones es imprecisa y seguramente a veces odiosa. Como médico es mi devoción y obligación tratar las consecuencias de todos estos cambios. Cambios que para nada cuestiono en la medida que los considero una etapa de transición hacia una nueva estabilidad que aún no hemos conseguido. Habrá que esperar.

27FIN